

# LA SILUETA NEGRA



Alejandro Ramos

Algo lo despertó. Algo que lo acechaba. No era una coincidencia, de eso estaba seguro. Aún no sabía qué era, pero aquello lo observaba. El pequeño Moisés era más maduro de lo que sus escasos diez años sugerirían, y ahí estaba, en la profunda penumbra de su habitación, donde *eso* aguardaba. Y lo había despertado para que se percatase de ello.

Se hallaba entre el sueño y la vigilia. Despertando. Es asombroso cómo la mente es tan rápida al despertarse. Cómo esta saca conclusiones tan ágilmente. Lógicas o no, la mente llega a ellas antes de recobrar totalmente la consciencia. Las deducciones comenzaban, pues ahí, frente a él, se hallaba aquello que lo despertó.

La habitación era grande para la edad de su inquilino. Grande para el espacio que podría necesitar un niño que apenas pasa tiempo en ella. Sólo estaba ahí cuando dormía y poco más. Su familia podía darse el lujo de tal espacio, y para un hijo único, era más que suficiente. En el centro de esta y unida perpendicularmente a la pared, se hallaba la cama; a cada lado de esta se encontraba su respectiva cajonera de madera color negro brillante —ambas idénticas— sobre las que descansaban los objetos y decoraciones que uno esperaría encontrar en tal lugar. Las paredes, blancas y lisas, se hallaban decoradas con calcomanías y posters de todo tipo. Era un lugar muy bien decorado al gusto de un chico fanático de las carreras de *Fórmula Uno* y *Guerra de las Galaxias*.

Lo muebles de madera del resto de la habitación eran de un color idéntico al del par de cajoneras —con excepción del clóset café claro para la ropa—, aunque todo esto importaba poco para él. Sobre todo en aquel momento, cuando lo que sí destacó fue el pequeño baúl-silla acolchonado que se encontraba al pie de la

cama, frente a ella. En este, su madre guardaba ropa vieja, sábanas, cortinas y más cosas de nulo interés para un infante. Recostado sobre su cama, no podía ver dicho baúl a pesar de estar frente a él, pues este era más chaparro que la cama, sin embargo, no fue eso lo que vio, sino aquello que estaba sentado sobre él. Mirándolo.

Incluso en la penumbra, todo era claro para él. Aun cuando sólo veía una silueta negra, su imaginación se adelantó a la ilusión. Lo veía, y *eso* a él. Era grande y monstruoso. Ante la tenue luz que entraba por la cortina cerrada de la ventana —que cubría una gran parte de la pared de su lado derecho—, sólo la blancura de la pared era evidente. Todo lo demás, incluyéndolo a *eso*, lucía sólo como manchas negras a la vista.

Su primera deducción: aquello era un perro. Quizás un dóberman. Su segunda deducción: no, era un rottweiler, a juzgar por su tamaño y complexión. De hecho, era más corpulento que uno ordinario. Pero sí, *eso* era. Era la silueta oscura de un rottweiler como el de su amigo y vecino, Jaime. Estaba sentado sobre sus patas traseras y aunque su rostro no era perceptible, él lo imaginaba. Ostentaba un gran hocico chorreante que mostraba colmillos con una mueca amenazadora. Estaba montando guardia. Vigilaba la puerta que se hallaba tras de sí, de la que sobresalía una franja vertical clara y azul de luz exterior tan tenue y apacible como la luz de luna que entraba por su ventana. La puerta estaba emparejada a su marco —no completamente cerrada— y el perro que lo veía de frente la atisbaba celosamente.

Imaginó su par de ojos diabólicos; tan oscuros como su pelaje, ambos como un par de canicas brillantes. Le heló la sangre y le produjo la sensación de que su propio estómago disparaba

un constante flujo de consternación directo a su garganta, algo que lo obligaba a tragar saliva ansiosamente.

Moisés era un chico inteligente, por lo que, mientras más despertaba de su letargo, más ilógico le resultaba que la imponente silueta negra fuese de un perro real. Incluso cuando veía sus facciones, podía tratarse sólo de su imaginación. Aquello podría ser sólo un promontorio de ropa sucia, o quizá sólo juguetes posados sobre una pila de libros de texto y cuadernos de la escuela. No recordaba dónde había puesto todo aquello durante el día y tampoco había prestado atención a aquel baúl antes de ir a dormir. Nada de eso está dentro del interés de un niño. Y eso era lo peor. No podía estar seguro de qué formaba la espeluznante silueta que no podía —no debía— ser de un perro.

Se le ocurrió encender la lámpara situada sobre el mueble a su lado izquierdo, pero desechó rápidamente la idea. En el fondo, no quería saber qué es lo que miraba frente a él. La silueta negra en algunos momentos parecía balancearse y en otros, acercar el hocico en señal de investigación. ¿Se estaba moviendo realmente? Parecía que sí, pero no estaba dispuesto a corroborarlo.

Aquella masa oscura que lo vigilaba comenzaba a difuminarse. Quizá porque era sólo parte de su imaginación. No. No era eso, era él quien se desvanecía. Se rendía ante la vigilia y tan pronto como había despertado, cayó en sueño rápidamente.

Soñó horriblemente.



Se vio a sí mismo en el parque Juárez —el más cercano a su localidad— caminando con la clásica dificultad que confiere un

sueño. Sobre la acera contigua al área verde del parque y a lo lejos, veía un quiosco que no recordaba haber visto nunca en aquel parque. Algo en aquel quiosco hexagonal; tan bello y colonial, con sus decorados de aluminio blanco haciendo de barandilla, sus pilares de cantera, su gorro color salmón que apuntaba al cielo con una afilada punta de aluminio y su escalinata pulcra, le producía una sensación de peligro. En los sueños, a menudo suceden cosas variablemente extrañas y la única constante en estos es que no se necesita una guía de instrucciones para entender sus perversiones a la realidad. Cuando uno está dentro de un sueño, entiende perfectamente todo de este, por muy extraño que sea. Se entiende qué sucede. Se entiende qué funciona. Se entiende cómo funciona. Del modo que Moisés entendía que de ahí dentro escaparía pronto algo muy malo.

Se acercó a unos columpios de metal pintados; como todos, de tantos colores diferentes. Con marcas brillantes y grisáceas, estos desvelaban en dónde se les había sido arrancada la pintura. Al llegar, se sentó sobre uno de ellos, pendiente de aquel sinietro quiosco.

Más temprano que tarde, y apenas con una pequeña distracción, emergió del interior de aquel quiosco colonial, la figura de su amigo Jaime. Este tomaba de una cadena con collar de púas a su perro *Chewbacca* –bautizado en honor al personaje mítico de aquellas películas de las que ambos eran fanáticos–. Sin embargo, la silueta no era de Jaime, y aquella otra de cuatro patas no era de *Chewbacca*.

Conforme las figuras se acercaban a los columpios, Moisés caía más en cuenta de la realidad: el niño que sostenía la cadena era *algo* parecido a su amigo Jaime. *Algo* que lucía un rostro deformado de forma maldita, en el que se veían varias cicatrices al

rojo vivo, distribuidas en forma de rayos por toda su superficie, que palpitaban a ritmo enfermo. Aquellas marcas corrompían el rostro que en algún momento habría sido de Jaime, en una forma tan grotesca que se le antojaba similar a un bulto de plastilina maltratado. Su mirada era fría, distante y sombría, como la de alguien que ha asomado la cabeza en algún recoveco del infierno. Resultaba tan grotesco ver la sangre coagulada al margen de cada cicatriz, que sintió subir un escalofrío a través de sus vértebras, acompañado de unas inmensas ganas de vomitar.

Aquel desperfecto lo habían hecho unos dientes. No cualquier tipo de dientes; colmillos y garras tan poderosos como los que mostraba agresivamente el diabólico rottweiler al extremo de la cadena que sostenía el vestigio de niño.

Aquello no parecía realmente un perro. Era un engendro. Un engendro de otro mundo. Engendro de la imaginación de un ser cruel. Un engendro que lo miraba con un par de ojos amarillentos inyectados de odio y un gesto de hambre sádica.

Aquel animal; lleno de llagas y cicatrices de todas formas, colores y tamaños, origen de un olor a carne podrida caliente, que gruñía con rabia y ladraba con cólera, se abalanzó sobre él, cerrando así el primer ciclo de su pesadilla, y dejando tras de sí un frío y oscuro silencio, segundos después de la dolorosa descarga de violencia punzante directa sobre rostro.



En el siguiente sueño, lo primero que vio fue un niño que le resultó escabrosamente conocido. Este vestía de shorts de mezclilla y playera roja —con un cohete despegando estampado sobre

el pecho—. Aquel niño con cara de incredulidad, lo miraba sentado desde un columpio. *Algo* lo obligó a acercarse al misterioso niño. Algo que lo tiraba de su mano izquierda y lo hacía bajar por la escalinata de un quiosco, desde una correa. Aquella fuerza que lo tiraba, expedía un aura maligna. Lo sentía. Sentía también que su propio cuerpo ardía. Sobre todo su rostro. ¡Cómo ardía! Su rostro parecía un carnaval de sensaciones, entre las que desfilaban *ardor*, *putrición* y *comezón*, que proclamaban con vehemencia: “*ESTO LE PASA A LOS NIÑOS GRITONES*”.

Al aminorar la distancia entre su destruido cuerpo y el del niño de los columpios, se percató del misterio: era su amigo de toda la vida, Moisés, que lo veía horrorizado, sentado desde aquel columpio, temblando y sollozando. Sentía la necesidad de advertirle a Moisés que algo malo estaba sucediendo, el dolor en todo su cuerpo así lo decía, pero fue incapaz, pues en aquel momento, él no tenía el control. El íntimo dolor que sentía, lo compartiría muy pronto con su gran amigo, cuando la fuerza que lo tiraba desde el brazo se abalanzara sobre él.

La epifanía llegó. Moisés gritaba horrorizado mientras su sangre escurría por los ojos que habían sido perforados por los colmillos de la bestia. El devorador. Una plaga del infierno que se había colado a nuestro mundo para alimentarse de carne. Una bestia que volvía a probar el sufrimiento, y que lo disfrutaba de sobremanera.



El tercer ciclo de la pesadilla, lejos de ser doloroso, fue fascinante y excitante. Sentía en carne propia el hambre que sólo

puede sentir quien no ha comido nada durante eones. Hambre de carne. Carne que no ha sido depravada antes. Carne virgen, la carne más dulce y tierna: la de un niño. Un niño que espera horrorizado desde el columpio. Un niño al que se acercaba poco a poco con deseo. Un niño que sabía lo que sucedería, y que a su vez, sabía que era imposible de detener —la fantasía de los sueños es incuestionable e incuestionada—. Un niño con olor a sangre en movimiento. Un niño que pronto sería el segundo plato fuerte. Un niño que, al igual que el que halaba con la cadena, sería torturado antes de ser consumido. Él era el siguiente. Era la presa que pronto será digerida por la voracidad de la plaga de otro mundo. Una presa que sería excretada en un plano diferente al que había nacido y existido.

Le producía un placer increíble. Y lo disfrutaba. Disfrutaría de cada bocado, de cada lágrima y de cada hueso, antes y durante su cena. Un placer tan grande que sólo lo disfrutaba un demonio.



Despertó. Se hallaba de nuevo sobre la cama. Sobre la penumbra. Pero ahora estaba tan avisado como estaría cualquier portero en medio de un partido de fútbol. Aquella pesadilla le confirió una dosis potente de adrenalina, y allí estaba aquel ser, esperando a devorar cada gota de esta.

Ahora era todo más claro: aquella repulsiva imagen canina de ensueño se materializó sobre lo que antes fue una silueta negra. El monstruo ahora era real. Aquel par de luces amarillas que había visto antes, brillaban ahora con lujuria a unos centímetros del perverso hocico babeante.



El miedo que experimentó pasó de ser una simple ráfaga del estómago a la garganta, a ser un choque eléctrico que corría por cada fibra de su frágil cuerpo de niño. Le hacía temblar como si el clima cálido de Abril no estuviese presente.

No era sólo miedo. El terrible cosquilleo incesante se concentró de pronto en una zona de su cuerpo: la vejiga.

Tenía ganas de orinar.

Aquella bestia lo sabía y lo disfrutaba. Vaya si lo disfrutaba. Lo podía oler tanto como los perros huelen el miedo. Pero aquello no era un perro, y lo que olía se quedaba corto a la palabra *miedo*.

Moisés comenzó a llorar incontrolablemente. Era difícil mantener el llanto en silencio. Lo que menos quería era llamar la atención de sus padres, quienes dormían en una habitación, no muy lejos a la suya. No quería meterlos en todo esto. No quería acercarlos a aquella entidad hambrienta. No a ellos. Además, algo en la mirada sardónica que alardeaba colmillos frente a él le recordaba: *“ESTO LE PASA A LOS NIÑOS GRITONES”*.

La bestia reía —o al menos producía algo medianamente parecido a la risa— Lo escuchaba todo dentro de su cabeza. De hecho, más que escucharlo, lo sentía. Le producía una náusea increíble, pues la bestia que le hostigaba mentalmente tenía todo bajo control. No lo comería. Al menos no todavía. Él lo sabía. Y eso no cambiaba nada. Era la presa que espera a ser devorada, en las fauces de su depredador. No era su momento, pero ya llegaría. La bestia esperaría.

No lo dejaría salir de ahí, eso estaba claro. Resguardaba la puerta con recelo, del mismo modo que lo haría en el mundo que

lo parió. Ese siempre ha sido su deber y tenía experiencia cumpliéndolo. Su momento de comer ya llegaría.

La silueta ya no era de un rottweiler, era más grande, más amenazadora, y más intransigente. Parecía un perro, pero estaba lejos de serlo.

Sintió alrededor de sus muslos el líquido caliente que tanto deseaba salir. La humedad que se escurría por sus piernas y encharcaba el edredón era tan desagradable que parecía esparcirse en son de burla, intentando cubrir el mayor terreno posible.

Era demasiada orina.

Necesitó cubrirse la boca con sus manos temblorosas para ahogar el llanto y los gritos que creyó que estaban a punto de dispararse de su boca. Su rostro estaba casi tan húmedo como su pijama y lloraba con tanta injuria que el placer de aquella bestia se intensificó de sobremanera.

Lloró hasta quedarse dormido, sobre su propio húmedo y apestoso charco de miseria e impotencia amarilla.



A la mañana siguiente, le inundó una espantosa sensación de certidumbre mezclada con terror, que experimentó al ver que sobre el baúl al pie de la cama no había nada más que un par de huellas caninas, y al notar que las sirenas de ambulancia que lo habían despertado de golpe, venían de la casa vecina de su amigo Jaime.